

El Salto Cuántico - Introducción

Carlos Daniel Marchio

Image not found.

Capítulo 1

De repente, la imagen desapareció. Había cesado la transmisión. Dos hipótesis se generaron en torno a lo que acababa de suceder: la que contaba en un principio con mayor adhesión sostenía que una nueva falla, esta vez en apariencia definitiva, daba por finalizada forzosa y abruptamente la misión; la otra (mucho más inquietante que la primera) sugería que, al no divisar peligro alguno, las criaturas decidieron tomar por

asalto en sentido literal al recién llegado y de algún modo provocaron un cortocircuito en su sistema que imposibilitaba el envío de posterior información. Entonces: ¿pura coincidencia, o se trataba de seres inteligentes que se sabían observados y decidían preservar su intimidad?

La meta era develar el misterio, y las potencias del globo acordaron aunar esfuerzos para encarar lo que denominaron "la misión más importante en la historia del ser humano". Más importante aún que la preservación del ya por entonces severamente

deteriorado planeta que supo albergar al hombre desde siempre, al cual, por descuidos del estilo, se vio obligado con posterioridad a abandonar...

2301 resultó ser el año en que los astronautas Sheena Reed, Bill Johnson y Richard Spenter despegaron con la orden de regresar con todo tipo de muestras de Término, entre las cuales obviamente se incluía un espécimen, en lo posible vivo, de su hasta ese entonces único organismo morador conocido.

Los tres tripulantes resultaron seleccionados entre un total de 32 postulantes luego del extenuante proceso de capacitación y adiestramiento necesario para encarar una misión de envergadura sin precedentes, que se llevó a cabo en las instalaciones que la Agencia Espacial Europea poseía en París, Francia.

Sheena Reed sería la principal responsable del éxito de la misión. Su abultado currículum había resultado crucial a la hora de tomar la decisión: con tan solo 30 años de edad, ya llevaba en su haber tres de servicio en la Fuerza Aérea estadounidense y nueve en la NASA, período en el cual realizó más viajes al espacio exterior que sus restantes compañeros en conjunto, gracias a sus dotes de excelente piloto y copiloto.

Bill Johnson superaba en una década la edad de su comandante y llevaba el mismo tiempo que ella al servicio de la agencia espacial norteamericana. Compartieron entrenamiento en varias oportunidades e incluso misiones, gestándose así una relación amena de camaradería aunque no llegase jamás a rozar los estrechos vínculos de una amistad. Johnson poseía los conocimientos técnicos adecuados para el diseño, la operación y el mantenimiento de naves espaciales complejas, lo que resultó un factor fundamental al momento de su elección.

Richard Spenter, por su parte, con 32 años, también era norteamericano aunque siendo muy pequeño se había radicado en Alemania junto a su familia por cuestiones laborales de su padre. Desde joven sintió gran interés por el Universo y sus misterios, y cuando tuvo la edad suficiente decidió trasladarse a estudiar Astronomía a Francia, donde se especializó en Matemáticas y obtuvo doctorados que le proporcionaron el respeto y el reconocimiento suficientes entre sus pares como para formar parte de selectos grupos como el que ahora integraba.

Los tres realizarían un viaje de alrededor de 10.000.000.000 de kilómetros antes de arribar a destino, en una nave de similar fisonomía a la del viejo Challenger de fines del siglo XX. Detrás del motivo de la copia del modelo se escondía una fuerte apuesta: con esta nueva y comprometedor misión se perseguía una revancha, dejar en el pasado todo lo posible los recuerdos de la trágica suerte que corrieron los protagonistas de la que hubiese sido la décima del transbordador espacial. Nadie imaginaba que, a causa de factores exógenos, el destino jugaría otra vez en contra.

Para acortar el trayecto y realizarlo de la forma más económica posible, sus creadores optaron por acoplarlo a Rama, un asteroide errante de 30 kilómetros de diámetro (denominado de esa manera en honor a la novela homónima del célebre escritor de ciencia ficción Arthur C. Clarke), cuyo rumbo resultaba el indicado si los cálculos no fallaban.

El 16 de agosto del año que nos ocupa, Rama pasó a 7.104.000 kilómetros de la Tierra (jamás se acercaría más) y, tras dos horas de tensión y extrema sincronización, Conqueror se posó sobre él para comenzar la travesía. El único revés que impidió que a la maniobra se la catalogara como totalmente exitosa se dio previo al acoplamiento: al avanzar la nave en dirección al cuerpo, varias partículas la golpearon con la violencia de un proyectil disparado a velocidades infernales, averiando equipamiento. De todas formas, como la lectura de daños no arrojó datos preocupantes, los temores duraron lo que un suspiro y se continuó con lo que urgía: la operación "ensamblaje". A nadie se le ocurrió siquiera investigar si la computadora encargada de enviar esos informes funcionaba de manera correcta. Lamentablemente, ese y otros, que desempeñaron un rol fundamental en el futuro desarrollo de los acontecimientos, no lo hacían.

Para que los astronautas sufrieran lo menos posible los efectos nocivos de la ingravidez durante los años que duraría la misión, se los preservaría en animación suspendida.

Por aquellas épocas, el método era precario pero casi totalmente eficaz, arrojando resultados aceptables en las pruebas realizadas en la Tierra. El individuo, previamente sometido a rigurosos exámenes médicos que ponían de manifiesto su excelente estado de salud (requisito indispensable para someterse al proceso sin riesgos

adicionales), era introducido en un cubículo similar a un sarcófago de cristal que en pocos segundos se llenaba de agua hasta el tope, la cual se congelaba también en instantes gracias a un efecto freezer que producía un abrupto cambio de temperatura. El ritmo cardíaco y la actividad cerebral, una vez disminuidos al límite, eran monitoreados continuamente gracias a las almohadillas sensoriales que se adosaban al cuerpo del sujeto, lo que permitía un control minucioso y continuo.